

Libros de **Cátedra**

Psicología institucional

Edith Pérez
(coordinadora)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ENTRE JUGUETES Y CARTONES: PRODUCCIONES Y DISPOSITIVOS DE INTERVENCION

D'Agostino Agustina María Edna

Introducción

Con el presente artículo esperamos propiciar un espacio de pensamiento acerca de algunas prácticas elaboradas en el Proyecto de Extensión “Entre juguetes y cartones: Hacia la constitución de Lazos Comunitarios”. El trabajo se desarrolló durante dos años en un barrio ubicado en la periferia de la ciudad de La Plata y fue realizado por estudiantes, docentes y profesionales psicólogos, integrantes de las Cátedras de Psicología Institucional y Psicopatología II, de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata.

Escribimos para detenernos y cuestionar ciertos *a priori* al momento de intervenir. Pretendemos mantener el ejercicio del proyecto de elucidación tanto en el momento de pensar un dispositivo de trabajo, como en el de desplegar diferentes lecturas teóricas y trabajar sobre ellas, en la búsqueda de modificar aquello que se presenta naturalizado o invisibilizado.

¿Qué entendemos por violencia y qué leemos como violento? Realizar estas preguntas, abrir interrogantes, exigió de parte del equipo interventor, un arduo trabajo de elucidación de las propias significaciones y de revisión de las afectaciones e implicaciones (Lourau, 1975; Fernández, 1999).

Construyendo categorías para pensar

El proyecto fue redactado a partir del pedido que realizó un referente barrial a la Facultad. Luego de un breve proceso de familiarización en el barrio y de

reunirnos con diferentes vecinos, delimitamos la preocupación compartida acerca de situaciones de violencia que se repetían con frecuencia hacia las mujeres y los niños, e incluso entre los mismos niños. El desafío se planteó a la hora de pensar el dispositivo, para esto fue necesario que analizáramos como entendíamos la violencia.

Nombrar a la violencia implica comenzar a hablar sobre ella, poner palabras ante el acto puro. Consiste en visibilizar y desnaturalizar aquello que se esencializa y se cristaliza tras las etiquetas de “el niño violento, el hombre golpeador, la mujer golpeada”: subjetividades capturadas en el acto mismo de nominación, por un rasgo o cierto atributo.

Entender la violencia cómo producción nos permite pensar que aquello que se produce en un entre con otros, puede ser contado de otra forma. A su vez nos conduce a una dimensión de consideración ética sobre el diseño de dispositivos, su capacidad de alojar lo inesperado, “la diferencia” y sus condiciones de hospitalidad ilimitada (Derrida, 2000; Ulloa, 1985, 2011).

Pensamos que previo a la violencia del golpe, existen condiciones que lo posibilitan. ¿A qué llamamos “condiciones que posibiliten”? ¿Cuáles son estas condiciones de posibilidad? El hecho de pensar la diferencia cómo anomalía o amenaza a la identidad da lugar a que en el movimiento donde se distingue la diferencia se instituya también la desigualdad: De esta manera, las diferencias desigualadas se constituyen dentro de dispositivos de poder (Fernández, 2011).

El primer día de trabajo en el barrio, recorrimos las calles con un grupo de chicos que participarían del taller, mientras nos iban diciendo dónde estaban sus conocidos, a quienes debíamos invitar a los talleres y quienes eran chicos con los que compartían cosas en la escuela o en la calle. Nos señalaron lugares a los que no deberíamos ir porque estaban “los cirujas”. En esa ocasión cuando uno de los niños no podía concurrir al taller porque debía ir a trabajar con sus padres, una de las niñas, en un gesto de desprecio dijo: “A estos déjalos, si no parecen niños, parecen cartoneros.

¿Cómo poder pensar categorías para enunciar lo que estaba ocurriendo entre los niños del barrio? ¿Cómo construir lecturas que nos permitan operar e intervenir sobre esta situación?

Para desarrollar estas preguntas, tendremos en cuenta el neografismo “Différance”, propuesto por Derrida (1968). “Différence” y “Différance” tienen como particularidad escribirse de diferente manera pero pronunciarse sin distinción aparente. La “a” se escribe o se lee pero no se puede oír, así Différance, se presenta como una fuerza que distingue elementos y al hacerlo da lugar a oposiciones binarias y jerárquicas que afectan al significado mismo. El autor utiliza este recurso para remitir al movimiento de diferir que produce los diferentes anunciados en su presencia. La diferencia aparece como elemento de lo mismo (que se distingue de lo idéntico). Las oposiciones que se anuncian: “nosotros” y “ellos”, aparecen como ajenidades que resultan en peligro o amenaza de la ilusión de completud; se visualiza a la otredad como carencia.

Esta noción permite tener en cuenta un modo particular de producción de las diferencias y posibilita dar lugar a diferentes voces que puedan expresarse desde saberes particulares. A su vez, implica la posibilidad de producir una transformación a partir de las resistencias, de los invisibles y lo no dicho. En este sentido, alojar las diferencias sería dar paso a aquello que si bien puede leerse o escribirse, no puede ser oído.

Con el término producción aludimos a considerar lo subjetivo básicamente como proceso, como devenir en permanente transformación y no como algo dado (Fernández, 2006). Pensar la violencia cómo producción significa que aquello que se produce en un entre con otros, puede ser contado de otra forma. Lo que se produce en el encuentro de lo múltiple no puede ser anticipado. La apuesta en cualquier intervención o investigación, debería residir en *crear condiciones, junto con otros*, para la emergencia de lo novedoso o lo no dicho.

Apostamos a la construcción de dispositivos que permitan alojar aquello del orden de las diferencias y que consideren *la ley incondicional de la hospitalidad ilimitada* (Ulloa, 2006). Dispositivos de intervención donde la hospitalidad sea un espacio a construir en situación entre todos los participantes.

Si la violencia y a la no-violencia son modos de producción, podemos plantear un “poder hacer con la violencia”. Un hacer posible allí donde un

colectivo es percibido como inferior (sean estos, niños, mujeres, cartoneros); dónde en un acto de discriminación son asignados determinados atributos y jerarquías que diferencian entre los Unos y los Otros.

A partir de considerar la violencia como producción y de tener en cuenta los dispositivos de poder que producen diferencias desiguales, ya no es central el cómo intervenir sobre la violencia, sino cómo diseñar dispositivos que permitan modificaciones en el pasaje de la diferencia a la diversidad (Fernández, 2009; 2011). El desafío es pensar dispositivos capaces de alojar las diferencias, elucidarlas y que produzcan otros modos de vincularse y relacionarse.

Consideramos que un paso fundamental para reconocer la diversidad consiste en que los participantes tengan un lugar activo en la búsqueda y construcción de estrategias y soluciones.

Cuando Derrida (2000) trabaja sobre las diferencias y la hospitalidad considera la relación con el inmigrante y la lengua extranjera, resaltando que acoger al otro en su lengua es tener en cuenta naturalmente su idioma. No puede pedírsele a alguien que renuncie a su lengua y a todo lo que ello encarna, su cultura, su memoria. Para crear condiciones de hospitalidad es necesario considerar una problematización de los fenómenos que supere la antinomia sujeto/objeto. Se vuelve necesario que cualquier trabajo en comunidad considere las multiplicidades posibles: los diferentes saberes existentes y los potencie. De este modo, quien intente imponer su saber disciplinario sobre el otro no estará considerando el saber en las diferentes prácticas, hábitos y estilos de vida de quienes habitan los espacios dónde vamos a trabajar. En este aspecto considerar una “clínica de la hospitalidad” que incluya la dimensión de la ternura (Ulloa, 1995) es de gran valor ético y político.

Para llevar adelante los objetivos del taller de niños consideramos fundamental los aspectos desarrollados a lo largo del presente escrito: intervenciones que consideren la tensión entre lo singular y lo colectivo, un trabajo de elucidación crítica permanente de las propias implicaciones y afectaciones, como así también de las luchas de poder que se encuentran

invisibilizadas y naturalizadas tras lógicas binarias productoras de las diferencias; pensando la subjetividad y la violencia no como *a priori* inherente a la naturaleza humana, sino en su relación de producción y reproducción en un determinado contexto histórico- político- social, plausible de modificación.

En este sentido planteamos que sostener una posición crítica de elucidación permanente, que en tanto crítica es ética, es el objetivo orientador principal de un trabajo que permita producir en situación algo del orden de lo novedoso. Cualquier planificación o propuesta inconvencible pautada de antemano para el trabajo en comunidad implica ubicar al saber en el lugar de lo efectivo y cierto, no dando lugar a los impensados, posibles e imposibles emergentes situacionales.

La puesta en palabra de los afectos, la modalidad de trabajo colectivo como productor de lazo social y de otro modo de relacionarse alternativo a las violencias, a partir de diferentes actividades relacionadas con lo lúdico y las creaciones artísticas colectivas, son modos novedosos diferentes de hacer con aquello que se presenta.

Los niños se golpean entre sí, arrojan piedras a otros niños, un padre arrastra a su hijo tomándolo del brazo mientras amenaza con golpear a otro, el niño amenazado golpea a un compañero. Otro niño cae al suelo y llora, otro lo ve, ríe y cuenta "Parece violado."

Al comenzar el trabajo en el barrio nos encontramos con que proponer un espacio de juego, implicaba en primer lugar, aprender a jugar. En nuestra apuesta por lo colectivo, el aprender a jugar, implicaba siempre "con otros". La posibilidad que brinda el juego de "como si", la representación de lo traumático a partir de lo lúdico, era un planteo ambicioso ante la presencia de niños que no podían jugar. Así fue como el espacio de juegos del taller fue tomando la forma de un espacio de construcción progresivo de reglas, acuerdos, símbolos y representaciones que habiliten el espacio de confianza para aprender a jugar.

Espacio de cuentos

Este espacio fue pensado a partir de las actividades de dibujo colectivo de los chicos, ya que comenzó de manera espontánea con la construcción de personajes en los dibujos.

A partir de la producción de los personajes, las talleristas observaron la posibilidad de representar la continuidad de los encuentros y de los intercambios que se producían en el taller. A la actividad del dibujo, le fue incorporada la elaboración de cuentos escritos.

Desde la lectura de cuentos, comenzó a proponerse la construcción de historias colectivas, que incluían los personajes del taller y situaciones con finales que consideraban variadas alternativas a la solución de conflictos. De esta manera, los niños fueron elaborando diferentes personajes que además de contar su historia, contenían ingredientes supernaturales como resoluciones mágicas a conflictos cotidianos.

En este espacio y a partir de situaciones de agresiones entre algunos de los niños participantes, fue confeccionado un contrato colectivo. El contrato se realizó con la esperanza de que su elaboración sea a través del ejercicio democrático participativo, lo que se establecía debía ser acordado entre todos los participantes, a partir de la propuesta y debate en común. Esta estrategia funcionó desde el acuerdo como una instancia externa, pero construida entre todos, acerca de cómo debía ser un espacio de juegos. La violencia o la agresión, no podía ser parte del lugar de juegos, porque ellos mismos lo querían así. Se propició una apropiación mayor del espacio, encontrando un tope para las agresiones y facilitando el juego espontáneo entre ellos que continuaba en los momentos previos o posteriores al taller.

Espacio de títeres

El espacio de cuentos fue posibilitando un espacio de juego de representación, juego de invención y creación. La propuesta de juegos

colectivos nos permitió visualizar a lo largo del taller el pasaje del no-juego al juego reglado y al juego imaginario o simbólico.

A partir de la construcción de personajes pudimos ver como se modificaron lugares comunes. Con los títeres, quien era nombrado como “niño violento, niño problema” elaboró un nuevo personaje junto a sus compañeros, dónde paso de ser “el más malo de todos” a un niño salvador que protege a los demás de diferentes peligros. Observamos que algo del orden de las diferencias pareció conmoverse. La posibilidad de creación de juegos colectivos permitió que los niños se vinculen y se encuentren de otra forma a la habitual.

El barrio de los chicos

Para cerrar las actividades del primer año en el barrio, creíamos importante poder transmitir que nuestra actividad tendría un cierre hasta el año próximo. Considerábamos importante que esto fuera anunciado y anticipado por todos los participantes. Para el cierre los chicos nos propusieron organizar un festejo, una jornada abierta de juegos donde se mostraban todas las producciones realizadas. El pensar la jornada, el modo de convocatoria, las actividades que íbamos a realizar y las cosas que íbamos a comer, tuvo su planificación en varios de los encuentros previos. Esta era una tarea que realizaban los talleristas junto con los niños, ¿Qué queríamos contar del espacio?, ¿Quiénes formábamos parte del mismo?, ¿Qué cosas hacíamos allí?, ¿Qué queríamos contarle al barrio? El nombre que decidieron ponerle al encuentro fue “el barrio de los chicos”, con el deseo de convertir al barrio en un gran escenario de juegos.

Las tareas fueron distribuidas por comisiones organizadas a partir de las ideas propuestas y lo que cada uno sabía hacer y podía enseñarle al resto: cartelería, guirnaldas, amasar galletitas, dibujar, escribir, entre otras cosas.

El día de la jornada los chicos nos presentaron un cartel donde invitaban a la actividad. En el mismo estaba escrito junto con el horario, el lugar, sus nombres “el barrio de los chicos. Fiesta de bienvenida de las señas”. Este hecho

señalaba la bienvenida que ellos nos realizaban. Por primera vez enunciaban que podíamos entrar al lugar, ser bienvenidos allí. Creemos que aquí se plantea una paradoja y dificultad. Sucede que los plazos estimados para un proyecto de extensión, lo previsto como apertura y cierre, no coinciden con los tiempos de familiarización y entrada en la comunidad. La aceptación de los agentes internos estaría produciéndose justamente en el momento en que formalmente el proyecto anual finaliza. Nos preguntamos cómo poder conciliar los tiempos formales, académicos, con los tiempos comunitarios.

Momento de concluir

Durante el período que se estuvo trabajando en el taller observamos un movimiento en el modo de estar de los niños, tanto a nivel singular como colectivo. Modificaciones en el vínculo, miramientos hacia el otro son, entre otras cosas, lo que nos hace sostener la apuesta por la “hospitalidad del dispositivo” para que “entre ellos y hacia otros puedan rehacer sus propios circuitos dañados de la ternura”. Así lo vemos en algunas acciones como el intento de reparar daños a compañeros, el contenido, la cualidad y el aspecto formal de los dibujos, el modo de relacionarse entre ellos y con las talleristas.

Bibliografía

CASTORIADIS, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Trusquets.

DERRIDA, J. (1968). La diferencia. Conferencia pronunciada en La Sociedad Francesa de Filosofía, el 27 de enero de 1968, publicada en el Bulletin de la Société française de philosophie. En: Gonzales Marin, C. (trad.) Derrida, J. *Márgenes de la filosofía*. Cátedra, Madrid, 1998. Recuperada el 6 de junio de 2010 en http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/la_differance.htm

DERRIDA, J. (1997). Sobre la hospitalidad. Entrevista en Staccato, programa televisivo de France Culturel. En: Peretti, C.& Vidarte, F. Derrida, J., ¡Palabra! Recuperada el 6 de junio de 2010 en <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/hospitalidad.htm>

DERRIDA, J. (2000). *La hospitalidad*. Buenos Aires, Argentina: De la Flor.

FERNANDEZ, A. M. (1999). *Instituciones Estalladas*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

FERNANDEZ, A. M. (2006). *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

FERNANDEZ, A.M. (2009). *Las lógicas sexuales. Amor, política y violencias*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

FERNANDEZ, A.M. (2011). Hacia los Estudios Transdisciplinarios de la Subjetividad. (Reformulaciones académico políticas de la diferencia). *Investigaciones en psicología*. Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología Universidad de Buenos Aires. 16 (1), 61-82

LOURAU, R. & LAPASSADE, G. (1977). El análisis institucional. En: *Claves de la Sociología* (pp. 56-74). Barcelona, España: Laia.

ULLOA, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

ULLOA, F. (2012). Barriletes en bandada. En: *Salud elemental. Con toda la mar detrás* (pp. 191- 222). Buenos Aires, Argentina: Libros del zorzal.